

LIBROS

Vicente Aleixandre y sus «Diálogos del conocimiento»

No es frecuente que un poeta, a sus setenta y cinco años, tras medio siglo de escribir poesía y haber alcanzado la cota máxima de la fama, no solamente no ceda a la fácil tentación de repetirse y vivir de las rentas de esa forma, sino sea capaz de renovar el tronco de su poesía y añadir a su historia



de poeta, ya larga y fecunda, una nueva y jugosa rama. Hablo de Vicente Aleixandre, que acaba de publicar en la colección poética de Plaza & Janés un libro sorprendente y novísimo, *Diálogos del conocimiento*, libro que viene a probar una vez más cómo el autor de *Sombra del Paraíso* posee el secreto de renovarse, de hacer cada vez más compleja y rica, y, por tanto, más fértil, su obra, sin traicionar nunca su espíritu y su estilo.

He acudido una tarde a Wellington, 3, en el Parque Metropolitano, donde el poeta vive y donde acoge con incansable cordialidad a sus amigos, para hacer-

le unas preguntas sobre este nuevo libro suyo, del que sólo había anticipado algunos poemas en revistas. He aquí, sin más preámbulo, mis preguntas y sus respuestas:

J. L. CANO.—Tu último libro, *Poemas de la consumación*, aparecido en mil novecientos sesenta y ocho, podía verse como una meditación sobre la existencia contemplada desde la altitud de la edad y de una honda experiencia. Seis años después publicas estos *Diálogos del conocimiento*, que nos sorprenden por su originalidad y complejidad. ¿Puede este nuevo libro tuyo situarse dentro de la misma órbita meditativa de *Poemas de la consumación*—es decir, una visión del mundo desde la vejez—, o viene a abrir una nueva perspectiva en tu obra?

V. ALEXANDRE.—

dando a sus palabras un fondo de conocimiento que sólo la larga experiencia de la vida permite.

J. L. C.—¿La técnica, nueva en tu obra, del diálogo significa acaso un intento de ahondar aún más en la complejidad y en la diversidad de la existencia, en su trasfondo último?

V. A.—La técnica del diálogo tiene el sentido de ofrecer refractada en perfiles contrastantes la realidad que se considera en ese momento. Creo que hay aquí, en este libro mío, como raíz última, una visión perspectivista del mundo. Y ocurre, además, que al coincidir en el lector el cruce de las dos perspectivas dialogantes, se produce un efecto sintético que expresa acaso esa complejidad y diversidad de que hablas.

J. L. C.—¿Hasta qué punto cada poema de tu libro es un diálogo? ¿No se trata, más bien, de monólogos paralelos, técnica que suelen usar a veces los novelistas? ¿No hay, acaso, más soledad que enfrentamiento en esas voces contrastadas de los personajes del poema?

V. A.—Desde el punto de vista de cada uno de los personajes, los diálogos son, en efecto, monólogos, soliloquios, pues el «sitio» de los diálogos es precisamente el lector. Es en el seno del lector donde los monólogos dialogan, donde se convierten en verdaderos diálogos. Se trata de un efecto de «cruce», que trae consigo, por su irracionalidad, irrisaciones o chispas significativas que se añaden al cuerpo semántico del poema con no menor necesidad que éste.

J. L. C.—Por último, la visión del mundo que refleja tu nuevo libro parece continuar una veta pesimista de tu poesía, que ya la crítica ha señalado a propósito de otros libros tuyos, como *Sombra del Paraíso* y *Poemas de la consumación*. ¿O piensas que *Diálogos del conocimiento* se aleja de esa concepción pesimista de la existencia que parecen asumir esos otros libros?

V. A.—Mi nuevo libro pretende expresar la realidad de la vida, y al decir la realidad quiero decir la verdadera realidad. Y no me parece que a la realidad se la pueda calificar con uno solo de esos nombres. La realidad es, por definición, inmensa y hasta inconmensurable. Y lo inconmensurable es... muchas cosas. La realidad resulta siempre excesiva. Es justamente lo que nos excede en muchos modos. Ante ella caben infinitas actitudes y maneras de reacción. Por eso este libro sólo podía escribirse en forma de diálogos. Cada personaje nos dice «algo» de la realidad: acaso opuesto a lo que otro afirma, pero no menos verdadero. La riqueza del mundo sólo puede decirse desde la multiplicidad. ■ **JOSE LUIS CANO.**

Personalidad y escritura en el niño

El análisis de la escritura infantil es instrumento básico para una comprensión del desarrollo y los trastornos del niño. Desde la perspectiva de la psicología moderna, el niño no es considerado ya como un adulto que carece de conocimientos y de juicio, sino como un individuo con mentalidad propia y cuyo desarrollo psicológico se rige por leyes particulares. La infancia es la etapa necesaria para la transformación del recién nacido en adulto. Cuanto más se asciende en la escala zoológica, más se prolonga la duración de la infancia. El ser humano necesita este largo período para comprender y asimilar las complejas estructuras culturales que deberá asumir.

La editorial barcelonesa Laia acaba de vender al español un interesante estudio sobre «La escritura del niño» (1), en el que convergen felizmente la más reciente pedagogía y la clínica contemporánea. Se trata del trabajo colec-

(1) J. de Ajuriaguerra, M. Auzias y A. Denner. *La escritura del niño*. Dos tomos. Editorial Laia. Barcelona.

tivo de un grupo de psiquiatras, psicólogos y pedagogos franceses, reunidos en torno del profesor Ajuriaguerra, director de la Clínica Universitaria Bel Air, de Ginebra. En su edición española, el trabajo viene repartido en dos volúmenes. En el primero de ellos se aborda el tema de la evolución de la escritura y de sus dificultades.

Los autores parten de algunos hechos básicos. La escritura es praxis y lenguaje, y sólo es posible a partir de un cierto nivel de organización de la motricidad. La escritura es una actividad convencional y codificada, es el fruto de una adquisición, que sólo es posible a partir de un cierto grado de desarrollo intelectual, motor y afectivo. Otro aspecto muy a tener en cuenta es que la escritura se mueve en el marco de la socialización, por cuanto constituye un medio de comunicación entre nosotros y el prójimo. Por eso el niño deberá responder a ciertas exigencias caligráficas impuestas por la sociedad, tales como la legibilidad y la rapidez.

Los primeros pasos en el aprendizaje de la escritura infantil son decisivos, porque cada niño se sitúa frente a la escritura con su propio modo de organización, con sus capacidades motrices, con su facultad de estructuración, de orientación y de representación verbal, ya que la escritura es una configuración ordenada que tiene un sentido.

Las consideraciones que anteceden constituyen el bagaje teórico con el que los autores abordan el análisis de la escritura desde la perspectiva del desarrollo de los trazos gráficos y de la motricidad. Esto, en el primer tomo. En el segundo, el tema es la reeducación de la escritura, pretensión que se fundamenta en las investigaciones genéticas y patológicas efectuadas en el primero.

Los desórdenes en la escritura del niño se analizan a partir de exámenes grafométricos y psicológicos, con el objetivo de evidenciar los mecanismos de la des-

organización gráfica. En la mayoría de los casos, según los autores, las dificultades de los niños no dependen de los signos gráficos en sí mismos, sino del niño que debe ejecutarlos. Modificar una mala escritura equivaldrá, pues, a modificar el comportamiento del niño dentro del marco de su personalidad. No se trata de modificar los síntomas como tales: con ello sólo se conseguiría su fijación. Es preciso cambiar el conjunto en que el síntoma está inmerso. Hasta cierto punto, el modo de escribir del niño traduce su modo de ser. Esto lo saben muy bien los grafólogos.

Cada niño tiene problemas particulares que deben enfocarse en el plano de su individualidad para el logro de una expresión libre y relajada que tenga sentido para él y para los demás. La reeducación de la escritura supone, por lo tanto, una reeducación global del niño. ■ **PEDRO FERNAUD.**

Los polemistas de Nueva España

Nunca en la Historia una conquista levantó tanto escrupulo y angustia como la de América por los españoles. Ningún otro Imperio se planteó unas bases legalistas tan severas de su propia razón. El drama de la justificación histórica de su gran aventura en tierras americanas lo inician los propios hispanos. Aunque no hubiera otros méritos en la conquista, ese intento de una gran parte del pensamiento español de la época para colocarse en la «visión de los vencidos» es algo tan insólito, que no hay leyenda negra o blanca que lo anule.

El obispo Las Casas no fue una voz aislada, sino el representante de una abundante tradición humanista española. En su misma línea están Montesinos, Domingo de Soto, Melchor Cano, Nebrija, Hurtado de Mendoza, Luis Vives, Huarte, Servet, Bernardino de Sahagún y otros muchos.

Hasta su muerte, Las Casas tuvo el privilegio de poder publicar prácticamente todo lo que quiso. Su influencia en la Corte fue enorme; tan grande, que impidió publicar tratados de sus enemigos. El más importante de ellos, Ginés de Sepúlveda, tuvo que publicar sus alegatos en Roma.

Las Casas era un espíritu volcánico, arrojado y poco dado a síntesis, cuyas ideas prácticas sobre cómo llevar a cabo la conquista fracasaron. Sus teorías fueron por delante de las posibilidades históricas. Por eso, aunque avanzado pensador, fue un mal realizador. Soñaba con utópicas comunidades donde los indios aprendieron las enseñanzas cristianas y a su vez los españoles —corrompidos por la civilización— pudieran adquirir las mejores cualidades del «buen salvaje».

Cuando se malogra su expedición a Cumaná, Las Casas reacciona muy a lo español de su tiempo: decide hacerse fraile dominico y retirarse a un convento en Santo Domingo. Allí maduró sus ideas de fondo teocrático pero positivas para el indio. El pensamiento lascasiano, polémico y vehemente, tiene su expresión léxica en el uso reiterado del superlativo. Es hiperbólico. Para el obispo de Chiapas, los españoles son «como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos».

Estudiar y profundizar los hechos de la conquista y colonización americana debería ser casi un deber de auto-identificación para los españoles. La aventura del Nuevo Mundo es nuestra principal clave histórica.

La ocupación de las Indias trajo consigo problemas inéditos a un Estado español recién abierto a la modernidad. Como es lógico, el Estado pretende asegurarse los nuevos territorios, y para conseguirlos, y para conseguirlos (el espíritu separatista feudal no estaba todavía lejos) necesita el apoyo de la oligarquía terrateniente descen-

diente de los conquistadores, que a su vez precisa de la mano de obra india para cultivar la tierra. El dilema que se le plantea al poder peninsular es: ¿cómo salvar al indio de la servidumbre y la destrucción sin perder el apoyo de la oligarquía criolla? A estas alturas parece indiscutible que las ideas estatales fueron de protección al amerindio, pero la Corona sólo pudo fortalecer su autoridad nominal en tan lejanas tierras perdiendo parte de ella en la práctica. Es decir, haciendo con frecuencia oídos sordos a desafueros y desmanes. La famosa frase: «Se obedeció, pero no se cumplió» es toda una guía práctica de política criollista. Contra ese capítulo de fechorías que acompaña a la conquista truenan Las Casas en la «Brevisima relación de la destrucción de las Indias», que fue inmediatamente traducida y divulgada en los países rivales del Imperio de los Habsburgo. Una de las últimas ediciones de este libro se hizo en 1898 en Nueva York, como parte de la campaña de los jingoístas yanquis para apropiarse de los restos del Imperio colonial español. Debe darse por supuesto que los escrúpulos hipócritas de otras naciones sobre la conquista hispana en América no iban contra el colonialismo, sino contra la potencia España. A España no se la atacó por lo que hizo, sino por lo que era. Las imágenes de los españoles asando sádicamente indios o ensartando niños con su espada eran, en definitiva, propaganda bélica.

Desde Estados Unidos al cabo de Hornos, la empresa española estuvo imbuida de un poderoso aliento teocrático y mesiánico. El soldado y el fraile iban juntos, y muchas veces el segundo llegó antes que el primero. Un reciente libro de Alianza Editorial, «Idea y querrela de la Nueva España», prologado por Ramón Xirau, nos ofrece una brevisima síntesis de la problemática que se planteó a la primera colonización de frailes gene-

nizadores en el Méjico recién conquistado. A través de un compendio de escritos de siete autores: Las Casas, Fray Toribio de Benavente, Fray Julián Garcés, Fray Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga, Fray Bernardino de Sahagún y Francisco Cervantes de Salazar, se intenta dar al lector una panorámica del pensamiento humanista hispano en Nueva España. «Antes de que lo declararan las Constituciones modernas —observa Xirau en su prólogo—, los misioneros españoles y los teólogos de España afirmaban la igualdad de todos los hombres y, lo que es más importante, la libertad natural de los hombres todos».

Cualquiera de los nombres que integran la selección citada daría tema para una magnífica y apretada biografía, cual solía ser la de los españoles que se traspantaban a América en el siglo XVI. Cada uno de ellos era un «humanista práctico». Su pensamiento estaba ligado a su actividad.

Fray Toribio de Benavente, a quien se conoce como «Motolinía», que en lengua tlaxcalteca significa «pobre», fue un franciscano de gran cultura y honestidad a toda prueba. Aunque defensor de los indios, es, sin embargo, enemigo de Las Casas, al que critica severamente sus actos y sus escritos. Su prosa es de una sencillez y claridad antológicas. Fray Julián Garcés, aragonés, discípulo de Nebrija, que influyó en la bula papal que declaraba a los indios «capaces de la fe», por ser criaturas racionales. Fray Juan de Zumárraga, el arzobispo influenciado por Erasmo que fundó la Universidad de Méjico y llevó a ese país la primera imprenta. Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, hombre de Audiencia y fundador de pueblos. Fray Bernardino de Sahagún, que llegó a dominar las lenguas indígenas y recopiló, de fuentes directas, inestimable material en náhuatl y en castellano sobre la conquista y las culturas indias precolombinas.

En cuanto a Francisco Cervantes de Salazar, discípulo de Vives, secretario de cardenales y maestro de retórica, fue uno de los mejores exponentes del genio español de la época. Gran parte de su «Crónica de Nueva España» estuvo perdida en los archivos de la Península hasta principios del siglo XX. Su diálogo sobre la «Universidad de Méjico» está considerado una pequeña obra maestra de la literatura hispanoamericana en el siglo XVI. ■ FERNANDO MARTINEZ.

Reencuentro con Enrique Díez Canedo

Una de las editoriales de más prestigio que cuenta hoy México, sin duda, la de Joaquín Moritz. Allí publican los autores nacionales más combativos y allí dejó Max Aub sus dolorosos testimonios del exilio. Yo ya sabía que Joaquín era el hijo de Enrique Díez Canedo, importante crítico teatral español llegado a México entre los que perdieron nuestra última guerra civil. Y sabía también —tengo en casa los cuatro tomos de «El teatro español de 1914 a 1936» desde su publicación— que Joaquín era el editor de los artículos de crítica teatral de su padre.

Hablar en México con el hijo de Díez Canedo —al otro lado de la mesa, ayudándole en el coite de unas pruebas, estaba Bernardo Giner de los Ríos, otro apellido «histórico»— ha sido una especie de recordatorio de algo que el teatro español de nuestros días debe, en el campo de la crítica, proponerse: recobrar la obra de quien fuera nuestro más sólido crítico teatral de la preguerra.

Díez Canedo inició sus trabajos de crítica teatral en «El Globo», en 1908. De 1915 a 1924 alteró en la revista «España» el comentario literario, que firmaba con su nombre, y el teatral, que suscribía con el seudónimo de «Critilo». En «El Sol» estuvo hasta el 33, y en «La Voz», del 34 al 36. Díez Canedo pasó varias tempora-

días en América ocupando la representación diplomática de la República Española en Argentina y Uruguay. Publicó asiduamente en diversos periódicos de este continente, y cuando el exilio le obligó a cruzar definitivamente el

servir de ejemplo— que el crítico se deja arrastrar más de una vez por la fuerte proyección de determinados autores de éxito. Cosa, al fin y al cabo, perfectamente comprensible, por cuanto el público es un elemento fundamental del



Atlántico, no tuvo problema alguno para ejercer la crítica teatral en el mejor y más liberal de los diarios mexicanos —el «Excelsior»—, ni para dictar varios cursos en la Universidad Nacional. Díez Canedo murió en México, en 1944, cumpliendo el destino de tantos españoles que para bien de la cultura de América Latina y mal de la nuestra, se transferraron en el 39.

Los trabajos de Díez Canedo aparecen clasificados en cinco apartados: «Jacinto Benavente y el teatro desde los comienzos de siglo», «El teatro poético», «El teatro cómico» (estos dos últimos, ocupando el segundo de los cuatro volúmenes publicados), «La tradición inmediata» y «Elementos de renovación».

Creo que, con mucho, es el último volumen el que merece una mayor atención contemporánea. Se diría —y los elogios a Marquina podrían

hecho teatral y ciertas conexiones hoy perdidas entre determinados autores y la sociedad española de su tiempo— el caso más notable de esta un día vigorosa conexión, hoy reducida a términos mínimos, podría ser el de Benavente— explicarían valoraciones que en la actualidad son anacrónicas. En este punto, yo creo que la crítica teatral de cualquier época debe ser contemplada como un elemento más de la época, destruyendo la falsa imagen de su «objetividad», de la intemporalidad de su juicio. El crítico es, simplemente, un eslabón más, y es desde su condicionamiento general por la época desde donde juzga y ha de conquistar sus márgenes de clarividencia.

Díez Canedo —que, por lo demás, fustigó a una serie de autores mediocres, celebrados por los sectores menos exigentes de su época—, donde agota esos hi-